





MÍNIMA VEROSIMILITUD



Juan Luis Monedero Rodrigo

MÍNIMA VEROSIMILITUD



Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Luis Monedero Rodrigo

ISBN: 978-84-17362-26-3

ISBN digital: 978-84-17362-27-0

Depósito legal: M-6093-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mis padres, Félix y Cristina,
porque sin ellos esta mínima historia
nunca habría sucedido*



ÍNDICE

PRUEBA DE VALOR.....	11
EL DUEÑO DE TARTESSOS.....	23
ES PALABRA DE DIOS.....	31
LA FE.....	43
PECADO MORTAL.....	51
REGRESIÓN	59
CÓLERA REAL.....	71
EL LUNAR.....	83
¿CÓMO ESTÁS, MORENO?.....	99
SACOS.....	115
EL MESÍAS.....	123
UNA IMAGEN DEL DOLOR.....	133
LEAL OPOSITOR	141
LA SALVACIÓN.....	155
EL TALLER.....	165
LA ALDEA PERDIDA	173



PRUEBA DE VALOR

El *strategos* contemplaba el campo de batalla con una extraña mezcla de horror, satisfacción y orgullo. Pero Amyntas sabía que la victoria no era suya. No, al menos, en su totalidad, ni en lo esencial. Y no era la única ocasión en que así había sucedido. Si durante su mando no se había enfrentado todavía a ninguna *eisangelia* no era por mérito propio sino merced a la inestimable ayuda recibida. Porque, no nos engañemos, el proceso ante la *Ekklesia* o, cada vez más comúnmente, la *Boulé* nunca se iniciaba contra un vencedor. Por mucho que luego se recurriera a subterfugios llamando traidor al general, la causa de la denuncia siempre era la derrota del líder, no la falta de honradez, que siempre se perdona, aunque exista y esté sobradamente demostrada, si nuestro bando sale triunfante de la contienda.

Amyntas estaba seguro de ser un buen general, un buen líder. Valiente, cercano a la tropa, justo. Solo que no era el soldado más inteligente. Y que conste que no se pensaba torpe. Pero carecía de la visión del campo de batalla que poseían otros hombres más ilustres que él. Siempre escasos en toda época y muchas veces mal aprovechados y peor aconsejados. Había generales, pocos y no siempre los más famosos, capaces de amoldar las irregularidades del terreno a sus necesidades, de cobrar ventaja con una quebrada o disponer la tropa de tal modo que su mera conformación ayudara a conseguir la victoria. Amyntas envidiaba tal capacidad. Algunos le decían que se podía desarrollar con los años y la experiencia. También con la lectura de tratados y descripciones de viejas batallas. No dudaba de que para alguno aquello pudiera ser cierto, pero no para él, aunque llevaba media vida conduciendo a sus tropas a la muerte y la victoria. Al menos Amyntas, al revés que otros generales, comprendía el alcance de sus limitaciones. No se trataba de que actuando con prudencia pudiera compensar su

falta de capacidad. Pero sí se consideraba lo bastante inteligente como para aprovechar y seguir los consejos ajenos. Por ello debía considerarse particularmente afortunado al poder contar entre sus huestes con un hombre como Lisandro.

Este último era un hombre de pocos recursos. Apenas tenía patrimonio como para mantener su equipación de hoplita. Algunos decían de él que era un sofista y, sin embargo, Lisandro afirmaba carecer de educación y, ciertamente, no parecía persona instruida. Amyntas nunca le había preguntado si sabía leer y escribir con corrección, pero jamás le había visto sostener texto alguno entre sus manos, las cuales, de hecho, no desdecían su discurso. Eran manos anchas y callosas, más propias del labriego que presumía ser que del artesano al que todos conocían en la ciudad, muy distintas de las delicadas del filósofo y aun de las de un aguerrido soldado. Lisandro tenía un pequeño taller donde realizaba trabajos de alfarería, más bien bastos, como rudo parecía ser su carácter. Si sacaba o no suficiente beneficio del negocio no era sencillo saberlo. Bien es cierto que Lisandro pasaba largas horas en su huerto, lo que indicaba que lo hacía más por necesidad que por entretenimiento, y que sus ropas siempre lucían un tanto desastradas, tan gastadas como desaliñadas. Claro que su porte tampoco mejoraba aquella visión: más bien bajo, cargado de espaldas, por no decir que también chepudo, algo zambo y cojo, con brazos largos pero escasamente fornidos y el torso cubierto de un vello abundante e hirsuto. No era de extrañar que otros hombres de la tropa se refirieran a él, a modo de chanza, como Kallias, apelativo que lo irritaba sobremanera. También le molestaba al *strategos*, y no porque no fuera cierto, sino por la mala intención de quienes lo usaban y se burlaban de él, demostrándole bien a las claras que no era querido entre los suyos.

—¡Qué injusto y malvado es el ser humano! —masculló el general, sin perder de vista el horizonte ni sus pensamientos.

Aquellos soldados que se burlaban de Lisandro, los que se reían de su fealdad dándole a entender que era un afeminado y, aún peor, un cobarde, poco podían imaginar que era a aquel pobre soldado al que le debían su vida, el haber tenido ocasión de conservarla durante la batalla y el poder sobrevivir manteniéndose libres y victoriosos. Aquello preocupaba a Amyntas mucho más de lo que dejaba traslucir, más de lo que

se podía permitir admitir ante sí mismo. También mortificaba, y con razón, al bueno de Lisandro. ¿Qué hombre en su lugar habría actuado de otro modo? Obedecía a su general, pero no dejaba de reclamar para sí una oportunidad. De cerrar bocas, de limpiar su nombre y su honor pero, ante todo, de demostrar a todos, primero a sí mismo, su valía durante el combate. De probar que era un hombre, un hoplita, un griego y un ciudadano capaz de defender su patria frente al enemigo como cualquiera de los que lo insultaban y, quizá, envidiaban secretamente su buena fortuna, que para ellos carecía de justificación.

Pero lo que otros consideraban buena suerte no era otra cosa que necesidad y, por tanto, cargada de justificación a ojos del *strategos*. Porque es cierto que Amyntas era el general al mando de las tropas, el responsable último ante la ciudad y el consejo de los éxitos o fracasos, de cada hombre caído o cada paso retrocedido ante el enemigo. Pero no era menos cierto que los ojos y la mente por los que Amyntas podía desempeñar con brillantez su cargo no eran los suyos, sino los del malcarado y nunca suficientemente valorado Lisandro. Y es que Amyntas carecía de la visión necesaria para leer las batallas y aprovechar al máximo cada situación, fuera proporcionada por la orografía, el orden establecido para el combate o la negligencia del enemigo. No porque se tratara de un mal general. Él, cuando menos, se consideraba entre los más capaces de quienes habían ostentado el mando en los últimos tiempos. El problema, si es que tal había, el déficit en todo caso, se hallaba en la comparación con Lisandro. Aquel soldado tenía un talento especial para leer e interpretar las batallas. Incluso, sin ser ingeniero, sin presumir cuando menos de ello, era capaz de idear artefactos y máquinas de guerra. En una ocasión corrigió, tras insistirle Amyntas para que expresara sus dudas, el plano de un viejo y engreído ingeniero quien, muy a su pesar, acabó dando la razón al intruso. Probablemente Lisandro sabía de su capacidad y no le otorgaba mayor importancia a sus obras. Quizá hasta le molestaba. Por carácter, quizá por convicción, o por simple origen, prefería el anonimato a la responsabilidad. De seguro, él nunca se habría presentado voluntariamente al ejercicio de una magistratura. Ni nadie, tan ciegos somos, lo habría votado o meramente propuesto para el cargo. Y, sin embargo, eran tantas las vidas cuya salvación había dependido de él que no resultaba posible su simple enumeración.

Amyntas no podía prescindir de él. Y confiaba en tenerlo a su lado siempre que la ocasión lo mereciera. En cierto sentido, ya que Lisandro no era joven, constituía una circunstancia afortunada que Amyntas contara con mayor edad, pues parecía razonable presumir que, salvo accidente o enfermedad, siempre podría recurrir a su improvisado «ayudante de campo» en el tiempo que durase su ya extensa carrera militar.

Fortuna, no obstante, sí había existido en el desarrollo de los acontecimientos. Principalmente para Amyntas. Era indudable que Lisandro lamentaría cada día, desde la perspectiva actual de sus deseos y necesidades, aquella ocasión ya tan lejana en la que se animó a expresar en voz alta una opinión que nadie había solicitado, ni mucho menos esperaba, de un simple soldado como él.

Quisieron el azar, o su prima la suerte, que Lisandro se encontrara junto a su general, acompañado de todos los oficiales de rango, cuando se comentaba el plan de acción que iban a seguir durante la entonces inminente batalla contra los argivos, hoy remota e intrascendente en el recuerdo. Hablaban alrededor de una mesa donde se habían esquematizado tropas y unidades con los propios vasos de los que bebían. Cada cual exponía sus ideas, si bien todas eran variaciones menores del plan expuesto por el propio Amyntas. El general escuchaba a todos con atención pero, claro está, no dedicaba ni un ápice de la misma al soldado que, insensible a las buenas costumbres, estiraba la cabeza por entre los cuellos de sus superiores y se movía nervioso, indeciso tal vez, entre la necesidad de expresarse y la conveniencia de permanecer mudo e invisible. Finalmente, Lisandro no pudo callarse por más tiempo. A veces ocurre que vemos algo tan claro en nuestra mente que no toleramos asistir a la ceguera ajena sin corregirla. Tanto más cuanto aquella ocasión podía suponer la muerte del propio testigo y todos los presentes.

—Perdonadme si os interrumpo —comenzó Lisandro, desdiciendo la timidez de sus palabras con los bruscos gestos que empleaba para hacerse hueco entre los oficiales.

Amyntas lanzó una mirada furibunda al soldado y estaba a punto de gritarle cuando vio que se dirigía a la mesa y decidió esperar, pese a las airadas protestas de sus demás compañeros. Si debía dar un escarmiento al impertinente, poco importaba hacerlo antes o después de que consumara su ya iniciada acción.

—¿Ninguno de vosotros ha percibido la ventaja que supone controlar esta posición? —añadió, señalando uno de los vasos sobre la mesa, que representaba un altozano cercano al que se presuponía campo de batalla.

Y no, nadie lo había percibido ni nadie, incluido Amyntas, pudo prever la importancia que tal montículo tendría para el exitoso desarrollo del combate. El general, más paciente que sus acólitos, pidió a Lisandro que se explicase y, cuando el soldado le abrió los ojos a la luminosa realidad, Amyntas no pudo hacer sino sonreír, pedir al hoplita que permaneciera a su lado para preparar los detalles concretos de la maniobra y solicitar a sus hombres paciencia y comprensión hasta que volviera a reunirlos, lo que aseguró que sucedería casi de inmediato. Al rato, cuando Amyntas regresó con los oficiales, el cielo parecía más brillante.

La idea de ocultar tropa en la colina e incorporarla a la batalla cuando esta ya hubiera comenzado fue brillante. Amyntas venció y murieron relativamente pocos hombres. Pero nadie, salvo el general, agradeció ni valoró a Lisandro su inestimable labor. El *strategos*, eso sí, mantuvo al soldado a su lado durante toda la batalla, confiando acertadamente en su buen juicio para corregir los movimientos según el combate avanzaba.

Aquella fue la primera ocasión, como se trató de la primera batalla en la que participó Lisandro, novato pese a su edad, aunque no a su plena satisfacción pues, ya en aquel momento, se quejó a su general de que no le permitiera pelear hombro con hombro junto a sus compañeros. Pero Amyntas sabía que aquel hombre era valioso en un sentido más importante que el de la fuerza de su puño y no consintió que se expusiera en el combate. Ni en aquella ni en las sucesivas ocasiones, que las hubo, en las que Amyntas recurrió a Lisandro y lo reclamó entre sus huestes, aun cuando hubiera otros generales con los que compartir mando y decisiones. Hubo más batallas y sucesivos éxitos que corroboraron la opinión que Amyntas tenía de aquel sencillo hoplita: su talento para organizar cada batalla no tenía parangón entre los griegos.

El general decidió volver al campamento. Ya se encargaría la tropa de recoger más tarde a los caídos, durante la tregua, vencedores y vencidos por igual. Y los menesterosos de despojarlos de todo lo que consideraran valioso y hubiera quedado sobre el campo.

¡Lástima la cortedad de miras de los hombres! Aquella era la victoria de Lisandro, más suya que de cualquier combatiente. Sin embargo, eran muchos los que se burlaban de él y otros tantos los que lo llamaban cobarde y le hacían sentir menos hombre. El propio Lisandro restaba mérito a su aportación y una batalla tras otra solicitaba al general que lo eximiera de las funciones asignadas. No tanto de la faceta estratégica como de acompañarlo, más como protegido que como guardia, mientras se celebraban los propios combates. Ambos sabían que, si alguna vez los planes conjuntos fallaban y el enemigo alcanzaba a Amyntas, no sería Lisandro quien pudiera defenderlo con su espada, su escudo y la fuerza de su brazo. Para ello estaba la verdadera guardia, un grupo de recios hoplitas, veteranos de confianza, escogidos expresamente por el general. Hasta ellos se burlaban del ayudante del oficial y, si bien ninguno se atrevería a pronunciar tales palabras delante del respetado general, a oídos de Lisandro y del propio Amyntas, aunque de modo indirecto, habían llegado comentarios jocosos acerca de la extraña relación entre el *strategos* y el soldado feo y tullido, dando a entender que Lisandro pudiera actuar como mero mancebo y amante de su superior.

Por eso una y otra vez Lisandro suplicaba a Amyntas que lo descargara de tales obligaciones. Que, si quería, le pidiera su consejo, su visión del enfrentamiento, pero que luego lo dejara marchar con la tropa de a pie de la que formaba parte para poder demostrar, y demostrarse, lo que siempre es más importante, que podía ser tan valeroso como el que más, aunque su cuerpo y sus mañas no marcharan en consonancia con sus deseos. Igualmente siempre, en cada nueva batalla que se presentaba, Amyntas le prohibía participar de los combates. Era el hombre más valioso de su ejército, el único realmente imprescindible, de quien no quería desprenderse ni arriesgarse, en la medida de lo factible y razonable, a colocarlo en una situación de peligro. Si por Amyntas hubiera sido, lo habría enviado a retaguardia, a resguardo de cualquier proyectil o amenaza. Pero, ya que ello no resultaba posible, al menos lo colocaba a su vera, como parte de su guardia, siquiera de modo nominal, para que el riesgo de pérdida fuera común. En lo que dependía de Amyntas, la muerte en combate de Lisandro solo se produciría si el general caía con él, tal vez incluso defendiendo la vida del triste soldado.

En esta última ocasión, cuando menos, Lisandro no le pidió permiso para entrar en combate. Ya se dio una oportunidad en que hubo de mandarlo a buscar para traerlo a su lado. Lisandro, en aquella ocasión, lo había desobedecido para colocarse en primera fila, junto con sus compañeros de armas, dispuesto a probar a todos su coraje y valía. Entonces, cuando dos fornidos hoplitas lo arrastraron desde el frente a la seguridad de la posición de Amyntas, la acción fue motivo de diversión para parte de la tropa y de escarnio para el humillado Lisandro.

—¡Mamá ha venido a salvarte, pequeñín! —soltó entre carcajadas uno de los veteranos y varias voces más le hicieron eco.

Desde entonces Lisandro parecía más resignado. Amyntas lamentaba haberse visto obligado a dejar a su soldado en una situación tan poco varonil. Y sentía la humillación de su amigo, decidido a enrolarse una y otra vez para tener su oportunidad de demostrar su valor en el frente. Ahora Amyntas se movía entre el alivio de tener su arma secreta a salvo y la preocupación por ver el decaimiento del ánimo y las fuerzas de su protegido. Lisandro, en los prolegómenos de esta batalla, se había mostrado circunspecto y triste, aunque de sus labios no brotó una queja. Parecía resignado, conforme con su destino. Y débil a la vez, más cargado de hombros y con la cojera acentuada. Así las cosas, colaboró con su general en la elaboración del plan de combate que tan buen resultado había dado. Pero él, en esta ocasión, no solo no había pedido su participación en la lucha sino que tampoco había asistido al éxito y la victoria. Al general no le sorprendió que Lisandro enfermase. El mal no parecía demasiado grave, aunque la fiebre y la tos amenazaban con devorarlo por dentro. En cierto modo daba la sensación de que su cuerpo se rebelaba ante la imposición aceptada por su mente. Fue Amyntas quien le ordenó guardar reposo. No podía acompañarlo así, con riesgo de contagiar sus miasmas a otros de la tropa o a su propio general. Menos aún, el enfermo lo comprendía bien, participar en tal estado en la exigente batalla. De modo que acató la orden de quedarse en cama, en retaguardia, mientras sus hermanos de armas se jugaban la vida. La suya no parecía peligrar y, a juzgar por lo que le indicó el médico de la tropa, la dolencia parecía tan solo un fuerte resfriado del que pronto se recuperaría.

—Una auténtica bendición, en realidad —pensó y pronunció en voz alta el general, aunque solo hablaba para sí.

Y dicho esto, decidió hacer una visita al vencedor de la batalla, el cerebro y alma del plan que les había otorgado la victoria. El éxito era capaz de henchir los corazones más abrumados por la pena. Aunque fuera de modo vicario, ya que Lisandro no pudo respirar el olor y la emoción del combate, saber que, una vez más, su visión de la contienda había resultado adecuada, tal vez serviría para elevar su ánimo y mejorar su maltrecha salud. Para Amyntas esa visita, autoimpuesta más que obligada o pertinente, significaba también un alivio. La victoria podía ser embriagadora, pero la visión de muertos y heridos, la comprobación de que el animal dentro del hombre asomaba como un lobo en los ojos de la tropa ávida de sangre, al *strategos* lo deprimía profundamente, incluso sin considerarse un filósofo o poseedor de un alma sensible. En todo caso, le mortificaba constatar que el espíritu humano se mostraba en su más cruda y bestial naturaleza en tales ocasiones, por más que se hablara de orgullo, valor u honor en lugar de violencia y brutalidad.

Alejarse del campo de batalla sirvió para sosegar su ánimo. «El campo de carroña», le había escuchado mencionar a Lisandro en alguna ocasión anterior, mascullarlo más bien, al recorrer el escenario de los combates una vez concluida la disputa. La paz de los muertos nunca transmitía calma a los vivos, sino todo lo contrario, los ponía nerviosos y alerta, cuando no los repugnaba en lo más íntimo. Y, sin embargo, ese Lisandro que desnudaba la realidad de la batalla con la vista y sus cínicos comentarios era el mismo que se sentía impelido a lanzarse de cabeza al frente, a pecho descubierto y espada en mano, con tal de demostrar a la tropa, al vulgo, que era, cuando menos, igual de valeroso que el común de los soldados.

El médico, Alexías, paseaba justo en ese momento por entre las tiendas de los heridos. Tenía más trabajo del que habría deseado. Inmune al asco o la impotencia, se limitaba a cortar, coser, cauterizar, dormir y hasta envenenar por acortar el dolor, según los casos, a todos aquellos desgraciados sufrientes y hediondos, sin contagiarse, al parecer, de los miasmas de la enfermedad y la muerte, ni en su físico ni en su alma.

Alexías lo escrutó con la mirada.

—¿A quién buscas? —arriesgó, dando por seguro que su general no se presentaba para animar a los maltrechos sino rastreando a un compañero herido o tratando de determinar una muerte aún sin confirmar.

—A Lisandro el Cojo.

El gesto del cirujano hizo que Amyntas sintiera un breve e intenso escalofrío a lo largo de su espalda, al tiempo que su estómago se contraía incómodo. Alguno lo habría llamado instinto, o augurio. Amyntas trató de dominar su inquietud.

—Explícate.

Su mirada acerada exigía, más que solicitaba una razón por la cual su protegido no se encontrara allí, en el cómodo y tranquilo campamento de retaguardia, esperando convaleciente cualquier orden de su superior.

—Me dijo que estaba recuperado. Y era cierto. Que su presencia era imprescindible en el frente, a tu lado.

—¿Y lo dejaste ir? —afirmó, más que interrogó Amyntas, cuya mente se movía entre la perplejidad y el terror ciego.

—Por supuesto —replicó Alexías, encogiéndose de hombros y sin percibir la amenaza en el tono del general—. Era tu protegido y así me lo indicó. Incluso me amenazó, vanamente, con supuestas represalias por tu parte si no le permitía marchar al campo contigo.

Amyntas sintió un vértigo repentino, semejante a una niebla ominosa que cruzaba su mente. «No puede ser, no puede ser», se repetía mentalmente, como si estuviera rezando ante alguna divinidad malévol.

—¿Y sabes dónde está ahora? —preguntó, finalmente, ocultando su propio desasosiego. Sin mirarse, sentía que los vellos de los brazos y las piernas estaban erizados.

Alexías volvió a alzar los hombros. Bastante tenía él con seguir a lo suyo, con la ingrata tarea de unir trozos o separarlos para certificar posibles curaciones y certeras agonías seguidas de muerte. Amyntas lo dejó estar. No serviría de nada perder la compostura, increparlo ni irritarse con él.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? —se acusó, más que interrogó, en alta voz. Algunos hoplitas heridos alzaron la vista, preocupados, al escuchar el tono lastimero de su general. ¿Acaso no era suya la victoria?

Amyntas echó a correr. Debía comprobar, cerciorarse de que Lisandro estaba bien aunque su palpito le dijera lo contrario. Se acercó de nuevo al campo de batalla. Puesto que Lisandro no se encontraba en la enfermería solo quedaban dos opciones, estaría en el frente, muerto

o vivo, o bien se había marchado, por su cuenta y riesgo, a otro lugar. Pero Amyntas descartaba por completo esa última opción. Su hombre no desertaría, no se convertiría en un cobarde señalado por sus acciones en lugar de por la falta de ellas. A grandes zancadas, el general se aproximó a Aristón, el oficial a cargo de la unidad en la que servía Lisandro.

—¿Lo has visto? —le gruñó, al tiempo que lo empujaba apremiante en el hombro.

—¿A quién? —replicó el interpelado, con fastidio y desgana.

—A Lisandro... Al cojo, Kallias.

Los ojos del oficial se abrieron, como si acabara de comprender, y luego sonrieron junto con su boca, al recordar.

—¡Menudo cabrón! —soltó, con admiración.

—¡Habla! ¡Ya!

El tono de urgencia no admitía retrasos ni circunloquios.

Sí, Aristón lo había visto venir. Corriendo, deplorablemente vestido, mal pertrechado, con la determinación del lunático escrita en la mirada. La de Amyntas, por lo que él mismo sospechaba, debía de estarse teniendo de idéntica locura, o desesperación.

—Hoy sí pelearé con vosotros —anunció, tan seguro como orgulloso.

Y nadie se atrevió a rechistar. Ni a llamarle guapo, cojo o cobarde. Aristón preguntó al hoplita si tenía permiso.

—Un hombre libre no lo necesita —se justificó, desafiante—. Pero sí, lo tengo —mintió—. El general ya ha obtenido lo que necesitaba de mí.

Lo último era relativamente correcto, aunque solo para esta ocasión.

Lisandro se unió a su pelotón y formó con los compañeros la columna que inició el avance. Los hombres de Aristón conformaban la primera línea de la vanguardia, la cuña que debía perforar la formación enemiga antes de que la estrategia y los planes modificaran la embestida inicial, más pasional que organizada. Y allá al frente de la avanzadilla se colocó el cojo malcarado, Lisandro el valiente, demostrando con su gesto su coraje, sus agallas, sus arrestos, su arrojo... Su locura, su hambre de gloria y sangre. Su desprecio por la vida, propia tanto como ajena. Peleó bravamente y arrastró tras de sí a muchos hombres, llevándose por delante a otros tantos enemigos. Como un Herakles invencible los

rivales retrocedían a su paso o caían muertos y heridos, derrotados. Hasta que una lanza enemiga le perforó el costado. Un gáñido. La fortaleza y la determinación que le hacen dar un paso más. Tira de la pica, corta la madera y embiste a otro enemigo, pero luego cae de rodillas y el filo de una espada acaba con su vida.

—Como un héroe —afirma Aristón, orgulloso y rindiendo, a su modo, un sentido homenaje al hombre caído—. Deberías haberlo visto. ¿Quizá lo hiciste, desde tu atalaya? —negó con la cabeza, inseguro, para recuperar de seguido el tono soñador— Los hombres, enardecidos, siguieron su avance, convencidos de que la victoria caería de nuestro lado.

Amyntas ya apenas si escuchaba y sentía cómo la cabeza le daba vueltas y un cansancio más intenso que el de los años se apoderaba de sus miembros, de su cuerpo y de su mente. Sí, pensó, la victoria cayó de nuestro lado pero era una derrota, amarga y cruel. El victorioso ejército había perdido a su hombre más importante, al que debió ser menos valeroso. Y ya jamás estaría a su lado para elaborar los planes. Ya no tendrían el consejo del hombre que podía otorgarles mil victorias como aquella y más difíciles. No era un líder, ni el mejor guerrero, ni un personaje admirable, pero se trataba del alma del ejército.

—Lisandro, Lisandro, ¿cómo has podido hacerme esto? —masculló para sí, con más tristeza que irritación.

El hoplita había tenido su prueba de valor. Había demostrado, a todos y a sí mismo, que era tan hombre como el que más. Y había perdido la vida, satisfecho quizá por el destino elegido. Dejándolos huérfanos.

Amyntas se sintió más pequeño, con su grueso cuello flácido sobre el pecho y los brazos sin fuerzas. No lloró, pero quedó mudo y ausente. Si Aristón, sorprendido por la reacción del general, pensó que el héroe deforme era su amante o su hermano, se abstuvo de hacer comentario alguno y respetó el silencio y la tristeza ajenos.

Más tarde, cuando se celebraron las exequias y una pira funeraria ardía con los restos de los caídos, Amyntas tuvo palabras hermosas para todos y dedicó un recuerdo especial, sentido y breve, al valeroso Lisandro. Más tarde, consumada la paz de la victoria, casi todos regresaron a la polis. Amyntas tuvo su homenaje y su aclamación. Pero a todos sorprendió aquel extraño abatimiento. Y aún más su decisión, respetable aunque extraña, de abandonar su vida activa. Se escuchó en sus bastantes

años, que eran ciertos aunque no tantos como los de otros oficiales y gobernantes. Algunos sospecharon que, en la cumbre de su éxito, no quería arriesgarse a un fracaso futuro ni al exilio en su ancianidad. Poco comprendían de la impotencia y el temor del viejo general, que ahora se sentía ciego e inútil, débil ante la posibilidad de enfrentar otro nuevo enemigo sin la luz de Lisandro. Era, a todos los efectos, como si el general, el viejo *strategos*, hubiera muerto en la última y victoriosa batalla.

Con el tiempo, recuperaría algo de su buen humor y más de uno afirmó haberlo visto sonreír cuando relataba a quien quería oírle las viejas batallas, sobre todo aquellas que concertó con su ayudante, un tal Lisandro al que nadie conocía.

EL DUEÑO DE TARTESSOS

Los orgullosos reyes que hollaron esas tierras no podían sospechar que su heredero último sería alguien como Marcial. El propio Marcial tampoco, aunque es bien cierto que el buen hombre no tenía una clara idea de lo que significaba su posesión.

Marcial era labriego, inculto y brutote por más señas. Un iletrado ya entrado en años. Dueño de sus tierras, celoso de su posesión y consciente, aunque solo a medias, de lo que consideraba un peligro. Algo antiguo e importante que se escondía en sus terrenos y que, a su particular modo de ver, podía llegar a traerle la ruina. ¡Cuántos tesoros habrán quedado sin descubrir por miedos nacidos de la ignorancia! Aunque al miedo no le faltan razones y la ignorancia, en ocasiones, intuye más de lo que sabe y hasta acierta.

Quizá no estuvo acertado Marcial con su manera de actuar cuando hizo su descubrimiento. Es lo más probable. Y él mismo, con los años, sentía cierto remordimiento por la ocultación. En todo caso él solo había mirado por lo suyo. A él lo heredaría su hijo que sabía más. O eso se creía, con sus estudios y su ciudad. Pero Marcial no se llevaría su secreto a la tumba. Se lo cedería a Nicolás para que obrara como mejor lo considerara conveniente. La tierra era su heredad, para bien o para mal. Y él se la había cuidado y con ella había sacado adelante a la familia. A ver si el muchacho era capaz de otro tanto con sus hijos cuando le hiciera abuelo que, al paso que llevaban, comenzaba a ser cosa más que dudosa.

Años atrás, cuando acababa de ser padre por primera y única vez —luego hubo dos abortos y ya la Nemesia no volvió a quedarse preñada—, fue cuando se tropezó con los primeros restos de todo aquello. Fue poco después de las inundaciones. Cayeron unas lluvias terribles que arrastraron muchas fanegas de tierra buena y dejaron barrancos en las

cuestas y los suelos algo menos profundos. A ellas les achacaba en parte el hallazgo. El resto, y quizá fuera la causa principal, se lo debía al tractor recién adquirido cuya reja laboreaba con mucha más profundidad que la yunta de mulas y cuya vertedera fue, precisamente, la que le mostró aquel pedrusco que, antes de ser arrancado, le hizo pensar que la máquina estaba estropeada.

Quizá en otro momento no le habría llamado la atención. Uno siempre saca piedras y cascotes de muchos campos de cultivo. Pero aquel era diferente. Y no particularmente por su tamaño. Los había más grandes. Sino por lo extraño que resultaba encontrar un bloque plano y rectangular, como si fuera sillería tallada o la superficie de una baldosa, y que tuviera trazadas estrías con formas geométricas. Marcial tuvo al momento la impresión de que aquello era una piedra antigua, quizá de unas ruinas o hasta de un palacio. Lo mismo se trataba de una piedra de la época de los moros, que para él, como para tanta gente inculta de los pueblos, en el recuerdo comunal es el tiempo más antiguo y remoto al que se puede uno remontar.

Marcial se llevó la piedra a casa. Aunque no se la enseñó a nadie. Ni tan siquiera a Nemesia, su mujer. Bastante tenía ella con el crío como para preocuparse por otras tontadas. Marcial la guardó en el pajar, con la maquinaria. Más tarde la limpió, la lavó y la observó detenidamente. Estaba convencido de haber hecho un gran hallazgo, no sabía si bueno o malo. Debía mantenerlo en secreto, pero no podía negar que la curiosidad lo devoraba. Y fue por la curiosidad, y no por ninguna otra razón, por lo que Marcial volvió a aquel barbecho y pasó con el tractor y el arado una y otra vez esperando encontrar algún otro resto. Quizá en su mágn ya pensaba hallar un tesoro de los moros, lleno de piedras preciosas, joyas y monedas de oro. Y algo sí que encontró, pero nada que mereciera realmente la pena, sino unas cuantas planchas más, semejantes a la primera aunque rotas y estropeadas. Además de un trozo de una especie de muñeca de barro con aspecto tan antiguo o más que las propias piedras.

Aquello merecía un estudio minucioso que él no era capaz de realizar. Pero, como tampoco quería comprometer su hallazgo y atraer a curiosos o al propio gobierno —cualquier razón era buena para expropiar a un honrado labriego—, decidió ser cauto y mantenerlo todo en secreto. Consultaría a algún experto, pero de modo discreto, sin confesar el ori-

gen del hallazgo ni mucho menos que era cosa suya, sino un encargo de algún amigo más tímido o curioso.

Y así fue como lo hizo. Se presentó con la muñeca y la piedra —una estela— bajo el brazo en la universidad, dispuesto a hablar con uno de aquellos arqueólogos que le habían recomendado. Le dijeron que era muy discreto y él, que no era tonto, entendió que se trataba de uno de esos tipos dados al trapicheo, dispuesto a ganarse unos cuartos ilícitamente siempre y cuando no se supiera el asunto y no se viera implicado en los papeles y, por tanto, su buen nombre resultara manchado. Era un tipo ya mayor, de unos sesenta años, de ojos menudos empequeñecidos aún más por las gafas que, sin embargo, se abrieron como platos cuando Marcial enseñó el hallazgo de «su amigo».

—Esto es increíble. Yo diría que es tartésico. Debe decirme dónde lo ha encontrado su amigo.

—Eso no puedo. Yo no lo sé y él me ha prohibido dar seña alguna, ni tan siquiera su nombre o el lugar en que vive.

La respuesta preparada dejó al estudioso un tanto perplejo y decepcionado. Se leían en sus ojos el interés y la ambición. Pero Marcial no dijo más y tan solo esperó a que el arqueólogo se explayara un tanto en su explicación, esperando, quizá, que así se ablandara aquel ignorante labriego. Pero nanay, que Marcial no soltó prenda y se quedó con la cantinela del personaje. Para que el tipo no se mosqueara demasiado le entregó la muñeca como obsequio —o pago— por la información ofrecida. Luego Marcial se despidió y se pasó un buen rato caminando al buen tuntún por la ciudad, para asegurarse de que el tipo aquel, tan goloso de las piedras, no lo había seguido. Al parecer quedó medio satisfecho con la pieza cobrada y, quizá, pensó haber sacado algún dato que lo orientase sobre la localización.

Desde entonces no volvió a hablar con nadie sobre su descubrimiento. Por su cuenta investigó un poco acerca de aquel reino misterioso de Tartessos, aunque no encontró nada claro. Lo único que sí lo estaba era que el suyo constituía un hallazgo importante, quizá valioso. Y eso hizo, precisamente, que Marcial se volviera más celoso, preocupado de que alguien quisiera aprovecharse del mismo y de que estudiosos, expertos o el propio gobierno fueran a sus tierras a incordiar o, lo que es mucho peor aún, a expropiarle la finca con la excusa del valor histórico y les dejaran a él y a su familia con el culo al aire y una indemnización de chichinabo.

Cada vez que pasaba el arado con el rastrillo por la finca aparecía alguna muestra más de los restos del pasado. La finca era grande y se extendía en amplia curva por sobre una suave colina que cabía pensar que en tiempos remotos fuera aún más baja, o tal vez un mero promontorio en una llanura. Pero los siglos habían ido recubriendo de sedimentos todo el terreno, y con ello las huellas del viejo asentamiento que allí se había alzado, tapando las ruinas de Tartessos.

Marcial no sabía nada de historia ni de arqueología. Marcial no tenía idea del verdadero valor de las ruinas bajo sus tierras. Él hablaba de dinero, de fincas expropiadas, sin comprender que el valor de aquellas piedras era difícilmente mensurable en términos meramente mercantiles. El dueño de Tartessos no podía comprender la riqueza que atesoraban sus posesiones y se encastillaba en sus mezquinos e ingenuos intereses.

Y no es que Marcial fuera mala persona. Ni se planteaba destruir todo aquello para borrar las huellas del peligro que pendía, según su criterio, sobre su hacienda. Marcial era ignorante y tan egoísta, o tan poco, como el que más. Él solo miraba por lo suyo, por su familia, sus tierras, sus recursos. Y carecía de la curiosidad suficiente como para profundizar en sus conocimientos sobre el tema. Las piedras llevaban años o siglos allí. Desde antes de la época de los moros, lo cual suponía algo impensable para su rústica mentalidad. Y bien podían seguir en el mismo sitio durante unos años más. A él no le molestaba su presencia. Lo que le fastidiaba era que las piezas hubieran salido a la luz para él. A él le había tocado descubrir las piedras y lidiar con aquella historia. O tal vez otro antes que él ya halló piedras semejantes y las ocultó, como hizo él ahora. Aunque parecía más probable que las tormentas y el marcenado hubieran sacado a la luz lo que llevaba siglos oculto. Lo que, tal y como lo veía Marcial, perfectamente podía seguir escondido una temporada más. Si bien su conciencia, más picajosa de lo que él quería admitir, lo aguijoneaba de vez en cuando señalándole la conveniencia de no llevarse el secreto a la tumba y permitir que el pasado, la historia del lugar con sus ruinas y sus huellas, fuera devuelto a las gentes de la región. Aunque descubrir los hechos no era asunto urgente que fuera necesario desvelar de la noche a la mañana. Bien que la muerte podía asaltarle en cualquier momento y llevarlo a la tumba junto con el secreto, pero eso sería mala suerte y no mala voluntad.

Así Marcial aplazaba siempre la revelación, no solo al mundo entero sino también a los suyos, celoso de que pudieran actuar descuidadamente con su herencia. No renunciaba a tranquilizar su conciencia, pero no tenía inconveniente en aplazar la decisión mientras año tras año extraía nuevas piedras: sillería, mampostería, varias columnas, cerámicas y alguna que otra figurita como la de aquella muñeca. Piezas todas que recogía con cuidado, intentando no destrozarlas al extraerlas. Piezas que almacenaba meticulosamente en el pajar, entre los aperos de labranza y dentro de un par de recios arcones de madera.

Hasta que un día, ya anciano aunque reacio a abandonar las tierras y su labor, decidió que podía dar a la luz sus descubrimientos. Aunque debía hacerlo con discreción, evitando que nadie le recriminase el mantener el secreto ni lo pensase torpe o descuidado. Él estaba anciano y para jubilarse. Quería reposo y, a la vez, no deseaba tenerlo. El chico ya estaba crecido y en la ciudad, un tipo que trabajaba con su cabeza y vestía chaqueta y corbata, alguien que nunca regresaría al pueblo para seguir con las faenas del campo. Era el momento de mostrar a la luz sus hallazgos.

Marcial lo tenía todo previsto. Primero le confesaría a su hijo el descubrimiento, aunque sin mencionar claramente la historia de la ocultación. Luego los dos harían pública la noticia de las ruinas. Y Marcial disimularía haciendo como que se había llevado una gran sorpresa —lo cual era cierto— al encontrar aquellos pedruscos bajo el sembrado. Solo que no comentaría que la sorpresa se produjo casi cuarenta años atrás, sino como cosa reciente. Porque este mismo año se habían producido fuertes tormentas y eran la excusa perfecta para justificar el afloramiento de los restos. Y confiaba en que el arqueólogo de marras estuviera muerto, o lo bastante viejo como para no seguir activo. Aunque lo más probable era que ni se acordara de él ni fuera capaz de reconocerlo caso de volvérselo a encontrar. Por ahí no había problema. Luego Marcial se desentendería del asunto. Que su hijo, el moderno, el tipo de ciudad, se hiciera cargo de todo, él que sabía tanto. Marcial se jubilaría y ya no se preocuparía de la suerte de las tierras. Si Nicolás no se andaba listo y se dejaba quitar su herencia, peor para él.

Por desgracia para Marcial, solo la primera parte del plan la pudo llevar a término. Hizo como que, al pasar el arado una vez más, tropezaba con piedras. Que las reconocía como cosa rara y llamaba a su hijo,

a Nicolás, para que viniera a echarles un vistazo. Le enseñó las últimas piedras descubiertas y, como si fueran parte del reciente hallazgo, todas las piezas almacenadas durante décadas.

—Papá —le dijo el chico con esa familiaridad que él nunca había usado con su propio padre—, ¡esto es impresionante! Parecen restos muy valiosos y antiguos.

Pues claro que lo serían. Y el chico estaba tan eufórico que parecía que el descubrimiento hubiera sido cosa suya. El padre se hizo el bobo, aunque se reía por lo bajinis. Nicolás dijo que iba a ponerse en contacto con un viejo amigo del instituto, profesor de historia o algo así, para que lo viese. Y la Nemesia, al saber de todo aquello, también se llevó una gran alegría. Que no pudo compartir con el marido, ni con el hijo. Porque desapareció de repente cuando Marcial cayó enfermo. La cosa parecía grave, pero no se intuía tanto como luego resultó. Marcial solo estuvo ingresado tres días. Y no porque después le dieran el alta, sino la baja definitiva. Pero del mundo de los vivos. Se murió casi de repente, de algo del corazón, según dijeron en el pueblo, repitiendo las palabras de la compungida viuda.

El hijo le guardó luto, pero no abandonó el plan de estudiar aquellos restos descubiertos en la finca grande, la del monte. Tal vez pensaba que aquel suponía un adecuado homenaje a su padre, que mostrar al mundo su postrer hallazgo lo engrandecería ante todos. O tal vez era algo tan simple como que aquello le servía para mantener la mente ocupada y no pensar en su padre recién fallecido.

Nicolás disfrutó de una efímera fama. También Nemesia, su madre. Aunque todos estuvieron de acuerdo en que el descubridor de las ruinas había sido el malogrado Marcial. Bajo sus fincas estaban, nada más y nada menos, que las ruinas de la antigua y mítica ciudad de Tartessos, la que mencionaban griegos y romanos, la del famoso y riquísimo Argantonio. La del labriego Marcial Hernández.

Al cabo la breve fama pasó y la finca fue expropiada, tal y como Marcial había temido en vida. Y no fueron muchos los dineros que su hijo y su viuda recibieron a cambio de tan portentoso hallazgo. Docenas de operarios y arqueólogos empezaron casi de inmediato a trabajar sobre el terreno. Contaban con subvenciones locales, comarcales, regionales, estatales, comunitarias, privadas. Pronto en vez de la loma de los sembra-

dos hubo un yacimiento arqueológico en el que se elevaban algunos muros y se podía contemplar el trazado de calles y plazas. En un par de años se abrió al público el mayor parque arqueológico de la provincia, quizá de toda Andalucía. Las ruinas no estaban muy bien conservadas y la reconstrucción no era, en muchos casos, posible ni deseable. Se establecieron unas oficinas y un museo donde se podían escuchar explicaciones de los guías y observar las piezas rescatadas del olvido, donde se relataba la historia conocida —poca— de la antigua Tartessos y los retazos reconstruidos a partir de las piezas. En el recinto había una sala de audiovisuales dedicada, junto con una pequeña placa de bronce, al descubridor de las ruinas: el ahora muerto e insigne Marcial Hernández, durante décadas dueño de Tartessos.

Sí que conservó la familia algo más que el recuerdo y los pocos cuartos recibidos. Atesoró las piezas que Marcial había ido almacenando durante años en el pajar, con la herramienta y las máquinas. Muchas piezas, según le parecía a su hijo, para haber sido extraídas en una sola campaña. Pero tan preciadas como para guardarlas celosamente, como recuerdo valioso, igual que su padre había ocultado a todos su peligrosa posesión durante años y años. Por desconocidas, nadie echó de menos esas piezas. Faltaba saber, cómo no, si Nicolás, poco antes de morir, haría pública su existencia, como su padre tiempo atrás.

Tartessos había vuelto a la luz, desmejorado y semiolvidado. Su último rey, por el contrario, yacía enterrado en el cementerio de la localidad, con una pequeña lápida grabada, unas flores marchitas y, algo más lejos, una placa recordando su nombre a la entrada de lo que fue su desconocida posesión.

